Periodismo y memoria: escenarios estratégicos en un horizonte transicional para el contexto colombiano

Fredy Leonardo Reyes Albarracín¹

La información de lo que está sucediendo en otra parte, llamada “noticias”, destaca los conflictos y la violencia – “si hay sangre, va en cabeza”, reza la vetusta directriz de la prensa sensacionalista y de los programas de noticias que emiten titulares las veinticuatro horas– a lo que se responde con indignación, compasión, excitación o aprobación, mientras cada miseria se exhibe ante la vista

(Sontag, 2011, p. 23).

Presentación

A finales del año 2010 algunos investigadores adscritos al grupo de investigación *Comunicación, Paz/Conflicto* de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Santo Tomás iniciamos una serie de reflexiones en torno al problema de la memoria. Las discusiones se materializaron en un documento² que, *grosso modo*, planteaba tres posibles rutas exploratorias para abordar la temática en el campo de la comunicación:

La primera ruta reconoce un propósito de trabajo común: contribuir al empoderamiento político de los sujetos en los escenarios sociales, al entender la memoria como un trabajo que requiere agenciamiento para que los sentidos

1 Doctor en Ciencias Sociales del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) de Buenos Aires, Argentina. Magister en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, Colombia, y Comunicador Social de la Fundación Universidad Central. En la actualidad trabaja como docente del énfasis de comunicación y educación de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Santo Tomás y forma parte del grupo de investigación “Comunicación paz/conflicto”. También hace parte del Comité de Estudios sobre la Violencia, la Subjetividad y la Cultura, y su trabajo doctoral relaciona los temas de memoria, ley y violencia en el Cauca, Colombia.

2 Las tesis centrales del documento posteriormente fueron condensadas en el artículo “Memoria y narración: urdimbres de las identidades colectivas” (2012), publicado en la edición número 17 de la revista de investigación *Hallazgos*.

construidos en torno al pasado sean la base para reivindicaciones políticas, históricas y sociales de distintas comunidades, en especial los sectores subalternos. En consonancia con lo anterior, la segunda ruta reconoce que en los trabajos de la memoria subyacen unos sentidos en disputa que encuentran en la comunicación distintos medios para legitimar, discutir, interpelar o rechazar distintas versiones de los acontecimientos y eventos del pasado. De ahí la importancia de tener en cuenta los medios, –incluyendo aquellos de los que se apropian las comunidades– para comprender las lógicas de producción, circulación y consumo de información. La última ruta fija su mirada en la historia oral, para lo cual la memoria y la comunicación son sustanciales, enfatizando en autores y experiencias que remiten a una temporalidad de larga duración, donde la memoria también se inscribe en rituales, ceremonias, cantos y/o mitos como formas de representar y reproducir un pasado no tan reciente (Gómez y Reyes, 2012, pp. 16-180).

En el citado documento también se reconocieron dos aspectos que aún seguimos considerando preponderantes. Por un lado, está la comprensión de que los estudios sobre la memoria implican un abordaje complejo en relación con el conflicto político, social y armado que experimenta el país, especialmente por las discrepancias en los diversos intereses que se cuecen y registran frente a las maneras de aproximarse a uno/s pasados/s ligados con aquello que denominamos “conflicto interno armado”. Por otro lado, se encuentra la compulsiva obsesión por las narrativas del dolor que precisamente emergen de las distintas violencias vividas, vertiente a la que se dedica buena parte de los centros o grupos cuyo tema de interés es la memoria. Por lo mismo y sin desconocer la importancia que para el país tiene el análisis y la reflexión de las múltiples voces, narraciones y sentidos que emergen del esperpéntico conflicto armado, hicimos un llamado de atención en aras de ampliar la mirada para abarcar otros marcos sociales, en cuanto la memoria puede comprenderse como una urdimbre de las identidades colectivas.

En la exploración de las rutas propuestas y descritas al principio, irrumpe la preocupación por la interrelación de periodismo y memoria, entendiendo que ambos son escenarios estratégicos y esenciales para encarar procesos –políticos y jurídicos, especialmente– que han venido legitimando de a poco la idea de una transición tendente a superar el conflicto interno armado. La ley de Justicia y Paz, la de Víctimas y Restitución de Tierras y el Marco Jurídico para la Paz son, por ahora, los principales referentes al respecto.

En lo que atañe al periodismo, sin duda alguna éste es un campo vital para el fortalecimiento de la democracia en momentos en que Colombia “apuesta”, una vez más, por una salida negociada con el principal grupo insurgente en el país –las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Ejército del Pueblo (FARC-EP)– para llegar a un acuerdo político que resulte en su desmovilización. La transición política y social que debe acompasar la negociación también debe encontrar en el ámbito del periodismo un referente preponderante para que, parafraseando a

Benedict Anderson (1993), se pueda (re)construir el país como una comunidad que se imagina cohesionada en torno a los anhelos de paz y reconciliación.

El papel de la memoria, por su parte, también es fundamental por dos razones: primero, es necesario pensar el pasado relacionado con el conflicto interno armado como un asunto conflictivo y no resuelto que requiere ser trabajado para superar ese binomio que Jesús Martín-Barbero (2009) denomina amnesia y amnistía, y de igual modo para propiciar reflexiones abiertas y públicas que posibiliten a la sociedad colombiana comprender que hay “realidades” de ese pasado que no se deben volver a repetir. De acuerdo con lo anterior, una segunda razón es que los trabajos de la memoria deben contribuir a que distintas voces –incluyendo las de los perpetradores– puedan narrar ese pasado disruptivo, violento y escabroso para que sea inteligible en los tiempos presentes y en los venideros.

Teniendo en cuenta lo anterior, el capítulo consta de dos apartados: en el primero se reflexiona sobre el registro periodístico como dispositivo farmacéutico que, leído en clave de la memoria, tiene la capacidad de “iluminar” como de “oscurecer”. En la segunda parte se reflexiona sobre el campo del periodismo y sus posibilidades para el agenciamiento social de la memoria, en pro del debate y la deliberación.

El registro periodístico como dispositivo farmacéutico

Cuando se revisa la literatura sobre el papel del periodismo en las sociedades de consumo contemporáneas o, desde otra orilla, cuando se tiene la oportunidad de dialogar con reporteros y redactores de los medios de comunicación de masas, no se duda en calificar el trabajo periodístico como otra forma de hacer historia (historiar el presente, sostienen algunos), en cuanto dicha labor contribuye a visibilizar situaciones que de otra forma quedarían relegadas al olvido (Amado, 2010; De Fontcuberta, 2006; Martini, 2004; Stanford, 1994). Los periodistas, además, consideran que su registro configura un acervo que en el futuro permitirá tender un puente con el pasado y ofrece elementos a partir de los cuales es posible reconstruir eventos que marcaron una época.

En contraste, las valoraciones tienden a ser diametralmente opuestas en otros escenarios. El filósofo Walter Benjamin, por ejemplo, acusaba al discurso de prensa como detonante de la muerte de la narrativa en la medida en que la producción de información consiente verificabilidad y, por lo mismo, no es memorable (2008, p. 218), mientras Jorge Luis Borges y Ernesto Sábato no dudaron en señalar que lo escrito en los diarios estaba para ser olvidado porque allí se registraban acontecimientos intrascendentes (Barone, 1996, p. 115). Lo cierto es que precisamente los diarios llenos de información se acumulan y archivan en distintos lugares (bibliotecas, centros de documentación, centros de archivo, especialmente)

para que sean consultados, lo cual ratifica la idea de que los registros de prensa, como cualquier otro tipo de registro, se constituyen en documentos y en fuentes de información. Pero ¿cómo entender esos registros periodísticos que, en virtud de los lenguajes y géneros, se diferencian tanto en las posibilidades que brindan para ahondar en aspectos contextuales como en las mismas formas para informar, describir, narrar y, lo más importante, construir acontecimientos?

La tesis que me interesa argumentar es que el registro periodístico es un dispositivo farmacéutico que en los procesos de producción, circulación y reconocimiento (Verón, 1993)³ tiene la capacidad de “iluminar” tanto como de “oscurecer”. Pero ¿cuándo el registro periodístico “ilumina” y cuándo tiende “sombras” sobre esas “realidades” construidas?

La metáfora tiene como basamento el ensayo de Jacques Derrida, “La farmacia de Platón” (1975), donde se analiza el mito egipcio que aparece al final del *Fedro* en relación con el origen de la escritura como invento para la memoria⁴. Una de las tesis centrales del ensayo parte del rechazo al argumento platónico según el cual se concibe el *fármaco* a partir de las dicotomías remedio/veneno, benéfico/nocivo, verdadero/falso, esencia/apariencia, interior/exterior, vida/muerte. Derrida considera que la escritura escapa a esas oposiciones en cuanto se constituye en un suplemento (*hipomnesis*), dado que la memoria de los hombres es finita y requiere de la escritura para activarse. Por lo mismo, la escritura, según Derrida, no posee un carácter propio y determinado, es ambivalente (1975, p. 166). Sin desconocer que el registro periodístico no escapa a esa ambivalencia, sobre todo cuando el material para el análisis está constituido por registros que son leídos en un “aquí” y en un “ahora”, también es claro que noticias, crónicas o reportajes son enunciados cuyo análisis permite identificar significaciones y finalidades (Nunan, 1993, p. 7).

3 Siguiendo a Eliseo Verón (1993, p. 129), los discursos periodísticos, como otros textos identificados en lo social, constituyen un “paquete textual” en el que se puede rastrear una multiplicidad de huellas y de marcas que se derivan de diferentes niveles de determinación. El discurso periodístico forma parte de una lógica que obliga a reconocer la articulación entre su producción, su circulación y su consumo. Comprender las operaciones discursivas implica enfrentar dos vías en las que subyacen dos tipos de lectura: por una parte, la producción del discurso –ligada a una lectura del proceso de generación del mismo– y, por otra, el consumo del discurso –ligada a una lectura de recepción–. En consecuencia, Verón puntualiza que el funcionamiento de todo discurso depende de dos tipos de gramáticas: la de producción y la de reconocimiento.

4 Brevemente, en el mito platónico Sócrates convence a Fedro de la superioridad del habla sobre la escritura, invocando al mito que narra su origen, donde el dios/inventor *Theuth* tiene que justificar ante el dios/rey *Thamus* sus inventos, incluyendo el de la escritura. Este último es presentado por *Theuth* como un *phármakon* para la memoria y para la sabiduría, es decir, como una cura o remedio frente a una memoria que para los hombres es deficiente. *Thamus*, no obstante, intuye que la escritura como *phármakon* tiene el efecto contrario, que transforma en nocivo lo que en principio aparenta ser benéfico, pues la escritura hará que los hombres sean olvidadizos, pues su capacidad de recordar no será interna sino externa, gracias a las huellas plasmadas en la escritura (Derrida, 1975, p. 154). En consecuencia, el dios/rey *Thamus* sentencia que la escritura como *phármakon* es un veneno.

Para comprender el registro periodístico como dispositivo farmacéutico –es decir, como suplemento que eventualmente posibilita adelantar ejercicios o trabajos de re-construcción y re-significación del pasado–, una ruta a seguir está en la clasificación de los géneros, en el cual, en principio, se identifican tres niveles⁵.

a) El registro noticioso: la información periodística tiene por objeto dar cuenta de sucesos o eventos considerados como “relevantes”, siendo la noticia el género base del oficio. A pesar de que constituye un registro caracterizado por la descripción, no es posible hablar de una noticia que, por sí misma, sea un suplemento para la memoria; incluso y dependiendo del suceso descrito, se podrá discutir si los datos ofrecidos permiten activar la memoria para una eventual rememoración, lo cual diferenciaría incluso el acto de rememorar del de reconstruir. Los periodistas saben que la noticia es un género limitado por una estructura –la famosa pirámide invertida–, que –al organizar la información jerárquicamente de acuerdo con la importancia de los datos que se tengan a disposición– busca ofrecer una lectura rápida y breve que en la mayoría de las ocasiones elimina el contexto. En función de un tiempo presente, la noticia no brinda posibilidad alguna para que tanto el periodista como el lector puedan ahondar respecto al tema que se describe e informa. En algunos casos y de acuerdo con el despliegue del tema en la agenda periodística, la lectura demandará un lector informado (Verón, 2002), quien debe proporcionar el contexto a la información plasmada en la página del diario. Se colige que el grado de dificultad para una comprensión parcial o total de la noticia será proporcional al paso de tiempo, toda vez que el referente se irá desdibujando hasta perderse, lo cual hace la descripción periodística, en la mayoría de los casos, ininteligible. En este primer nivel, la noticia se convierte en registro para un archivo que suministra datos⁶.

b) Crónicas, entrevistas, columnas y editoriales: un segundo nivel se configura cuando el ejercicio periodístico trabaja a partir de otros géneros en los que subyacen un/os contexto/s en el tratamiento informativo. La diferencia sustancial respecto al primer nivel está en la posibilidad que ofrecen esas modalidades para que el periodista profundice en los múltiples aspectos que pueden envolver un suceso, y entregue elementos necesarios para su lectura y comprensión.

5 Sin duda alguna otro camino a seguir está en las representaciones que subyacen en los registros periodísticos; representaciones cuyo análisis también permite colegir que en los registros se configura un dispositivo farmacéutico que “ilumina” tanto como “oscurece”. No es mi interés ahondar sobre el particular en el presente capítulo, pero no hay que perder de vista la importancia de preguntarse por el *ethos* del discurso periodístico.

6 Un ejemplo interesante está en el trabajo de Adriana Schryver Kurtz –“Periodismo y memoria de las víctimas de la Shoah” (2009)–, quien reflexiona sobre la relación entre los dos campos teniendo como unidad de análisis una escueta nota periodística publicada el 22 de septiembre de 1981 en el diario *Der Tagesspiegel* de la desaparecida República Federal Alemana. A partir de la nota de prensa se reconstruye y se vuelve pública la historia individual de Felice Rahel Schragenheim, muerta en el campo de concentración de Auschwitz en 1944, a través del testimonio de Elizabeth Wust, quien desafió al régimen nazi al proteger a cuatro mujeres de origen judío, incluyendo a Felice Schragenheim, escondiéndolas y protegiéndolas en su apartamento.

Ajustado a un marco de interpretación y a un momento histórico específico, este tipo de producción, no obstante, tampoco constituye por sí mismo un registro de memoria. Aunque el relato sea más inteligible, sobre todo cuando su revisión se efectúa a la distancia temporal, la crónica o la entrevista inevitablemente se convertirán en documentos que, ya sea como registros que proporcionan datos o bien como registros “para la historia”, estarán disponibles para que los investigadores los remuevan de los archivos en función de intereses anclados al presente⁷. A esta dinámica no escapa aquella prensa que realiza su trabajo en contextos políticos totalitarios o dictatoriales en los que predomina la censura; a pesar de que su labor se proyecte como “alternativa” en relación con una “prensa oficial” que oculta o silencia, su dinámica está ligada a intereses políticos y sociales imbricados con un “aquí” y un “ahora”, como demuestran los dos casos descritos en seguida.

Ocurrió en Argentina un mes después de que se iniciaran las audiencias judiciales contra los excomandantes de la última dictadura (1976-1983), cuando se lanzó *El Diario del Juicio* (mayo de 1985) como publicación semanal que a lo largo del proceso cubrió las sesiones y publicó las transcripciones de los testimonios (Feld, 2002, p. 25-26). Una experiencia similar surge en Colombia en 2008 cuando la Fundación Ideas para la Paz y la revista *Semana*, apoyadas por las fundaciones Friedrich Ebert-Fescol y Avina, arman una alianza estratégica para crear el portal *web* Verdadabierta.com, que viene publicando documentos, noticias, crónicas, testimonios y reportajes relacionados con el accionar de los grupos paramilitares. La coyuntura política está ligada al desarrollo de la Ley de Justicia y Paz, la cual posibilitó que tanto víctimas como perpetradores comenzaran a ofrecer sus testimonios a las autoridades judiciales. En ese orden de ideas, Verdadabierta.com se considera fuente de información para un mejor conocimiento del fenómeno paramilitar en sus distintas dimensiones, atribuyéndose la facultad de sentar los cimientos de lo que será en un futuro la “verdad”.

c) El reportaje: un tercer nivel está representando por el reportaje como género caracterizado por la investigación como ejercicio del trabajo periodístico. Al fijar como propósito el desentrañar sucesos del pasado, ofrece nuevas perspectivas y lecturas a episodios que otrora fueron condenados al silencio o no emergieron a la escena pública, lo que posibilita activar la memoria en un tiempo presente. Así lo demuestran, por citar algunos ejemplos relevantes en relación con las dictaduras del cono sur, los trabajos del chileno José Miguel Varas –*Neruda y el huevo de Damocles* (1991); *Neruda clandestino* (2003); el argentino Horacio Verbistky –*La*

7 Cabe complementar la idea con lo expresado por Paul Ricoeur respecto al registro como documento que es huérfano en la medida que no tiene un destinatario designado para su lectura; duerme en los archivos a la espera de ser interrogado. Haciendo referencia al trabajo del historiador, que se puede extender perfectamente al trabajo del investigador, Ricoeur trae a colación las palabras de Marc Bloch: “El buen historiador se parece al ogro de la leyenda. Donde olfatea carne humana, ahí sabe que está su presa” (2008, p. 222).

última batalla de la Tercera Guerra Mundial (1984), Ezeiza (1985); *La posguerra sueca* (1985); el uruguayo Samuel Blixen –*El vientre del cóndor* (1994); Sendic. *Las vidas de un tupamaro* (2005); *Líber Seregni, el general del pueblo. Militares contra la dictadura en Uruguay* (2010). Para el caso colombiano, un ejemplo reciente lo representa la investigación de Germán Castro Caicedo *El palacio sin máscaras*, editado por Planeta en 2008, que, a partir de los testimonios consignados en los archivos de los procesos judiciales, reconstruye los dos días que duró la toma del Palacio de Justicia (6 y 7 de noviembre de 1985) efectuada por el grupo insurgente M-19, y su posterior recuperación a “sangre y fuego” por las fuerzas militares, y aporta elementos novedosos que invitan a una (re)lectura del suceso, en la medida en que se presentan sentidos que se distancian de lo fijado por las investigaciones judiciales y por los informes oficiales, incluyendo el de la Comisión de la Verdad de 2009.

Es claro que este tipo de trabajos periodísticos en su proceso de indagación y realización abrevan en los registros de prensa como documentos de archivo descritos en los niveles anteriores, alejándose de esa lógica de producción de información que no en vano es acusada de propiciar una representación fragmentaria de los sucesos que describe (Martín-Barbero, 1978, p. 171; Colombo, 1976, p. 54). En tal sentido, los trabajos periodísticos que vuelven sus ojos atrás mediante ejercicios de investigación que incluyen el relevamiento de datos a través de los documentos de archivo, tienen la pretensión de ofrecer “luces” sobre las “sombras” que se extienden sobre el pasado. No obstante y por esa misma pretensión, irremediablemente también se convertirán en acervo para posteriores revisiones, puesto que los sentidos presentados pueden ser asumidos, rechazados y/o discutidos, es decir, no quedan fijados para siempre.

Ahora bien, indistintamente del nivel en que ubiquemos el discurso periodístico, no se discute que los registros de prensa son un fármaco para la rememoración y no para la memoria. La ambivalencia remedio/veneno no solo reside, a mi modo de ver, en el registro como documento de archivo; también estará en ese potencial lector que en el ejercicio de (re)lectura y (re)interpretación del documento sabrá o no interrogarlo, pues las preguntas con las que se acerque durante la indagación también brindarán “luces” o “sombras”.

El periodismo como escenario para propiciar el debate y la deliberación

En junio de 2014 se cumplieron ocho años de la entrada en vigencia de la ley de Justicia y Paz. Por lo mismo, cabe preguntar: ¿cuáles han sido los impactos políticos y sociales de los testimonios confesionales de los antiguos integrantes del bloque Calima de las Autodefensas Unidas de Colombia? ¿Cuál ha sido el debate y cuál la discusión que las confesiones han propiciado? ¿Ha sido posible ese debate?

¿Qué incidencias ha tenido el protocolo judicial de restringir la difusión de los testimonios confesionales sobre la base de garantizar el principio procesal de la reserva sumarial? ¿Cuál ha sido el papel del periodismo en el marco de Justicia y Paz?

A mi modo de ver, en el contexto colombiano la discusión sobre Justicia y Paz como apuesta transicional ha tomado caminos que resultan poco fructíferos. A pesar de los vacíos que la norma pueda tener, quizá el principal problema está en unos lugares de enunciación que, parafraseando a Leigh Payne (2009), se ubican en extremos opuestos: en uno están los que desconfían de todo lo que puedan decir los perpetradores y algunos hombres públicos asociados a algunos de los grupos armados⁸; esta postura apostaría por silenciar a los victimarios que solo buscan justificar sus crímenes, por lo que se termina desconociendo lo que se diga, no se diga o se pueda llegar a decir. En el lado contrario están los que defienden el modelo de confesión y que argumentan que las versiones libres de los perpetradores han arrojado resultados tangibles, como la confesión de más de 25 mil homicidios, más de mil masacres, más de 13 mil expedientes enviados a la justicia ordinaria para que sean investigados, entre otros, miembros de la fuerza pública, funcionarios y/o dirigentes políticos por sus vinculaciones con los hechos confesados.

Lo que media entre unos y otros son, en la mayoría de las ocasiones, posturas discursivas moralizantes que culminan en la simple pero devastadora descalificación. Lo que más claro se logra percibir en esa discusión estéril son las cifras que van arrojando los procesos judiciales que adelanta Justicia y Paz; cifras siempre impactantes y, por lo mismo, atractivas para unos discursos periodísticos que reducen la “violencia” a causa/efecto de una conflictividad armada, política y social expresada en el número de asesinados, desaparecidos, desplazados, torturados y otras víctimas de las violaciones a los derechos humanos.

La reflexión, como también lo indica Payne, no debería pasar por lo que dicen, dejen de decir, revelen, silencien u olviden los perpetradores. Sus relatos confesionales serán siempre libretos que no escapan a múltiples intereses en juego (2009, p. 5). La reflexión debería pasar por los debates y discusiones que alrededor de las confesiones se tendrían que propiciar en el ámbito público para dar paso a un diálogo de coexistencia contenciosa. La reflexión/discusión tendría que pasar por lo que esas confesiones literalmente comunican, entendiendo que no es un asunto “común” para toda la sociedad colombiana. Y, precisamente, por no ser un asunto “común” a todos es que los debates y las deliberaciones son importantes, teniendo como base lo que están diciendo o dejan de decir los perpetradores en Justicia y Paz.

8 Buen ejemplo de ello es lo que representa la figura del expresidente Álvaro Uribe Vélez, leído por un sector de la sociedad como uno de los promotores del paramilitarismo en Colombia en su historia reciente, pero también leído por otro sector como el “salvador” que logró frenar a la insurgencia y desmovilizar el paramilitarismo a través de su política de Seguridad Democrática.

En ese ejercicio de coexistencia contenciosa Payne, siguiendo a Vivian Patraha, distingue entre el escenario/lugar de representación y el espacio de representación. Los escenarios o lugares de representación también moldean el tipo de confesión que los perpetradores producen. de tal suerte que es factible que los perpetradores nieguen, guarden silencio o aleguen amnesia en un estrado judicial a la espera de evitar un veredicto de culpabilidad de una corte o juzgado, mientras en un escenario de acuerdo y negociación como es Justicia y Paz puede que se promueva otro tipo de testimonios confesionales en los que emerja el arrepentimiento y la delación; en los casos en los que las confesiones se realicen para un escenario periodístico, resaltan las versiones heroicas, sádicas o exageradas.

Por el contrario, en el espacio de representación los sentidos e interpretaciones que se desprenden del testimonio confesional son múltiples (Edelman, citado en Payne, 2009, p. 22) y, por esa misma característica, los significados del pasado se controvierten y rehacen (Auslander, citado por Payne, 2009, p. 23). El espacio de representación posibilita la participación de otros actores políticos (el periodismo, las víctimas, los sobrevivientes, las organizaciones de derechos humanos, etc.) que se apropian del espacio de representación para discutir, interpelar o subvertir lo que está ocurriendo. Por ello, es usual que en las audiencias de Justicia y Paz los sobrevivientes y víctimas carguen piezas comunicativas, habitualmente audiovisuales, para solicitar al magistrado o juez de momento presentarlas cuando no están de acuerdo con lo que los perpetradores han dicho. En otros procesos de Justicia y Paz, incluso, los asistentes no han dudado en interrumpir las audiencias para interpelar las versiones de los perpetradores, acompañando sus voces con carteles con diversas consignas de rechazo.

En un horizonte más amplio ese espacio de representación tiene en los medios de comunicación, especialmente periodísticos, a un actor muy importante dado el poder de mediación que poseen. Los asistentes a las audiencias de Justicia y Paz son pocos –la mayoría personas con algún interés particular–, lo que implica que en el espectro social los testimonios y confesiones que circulan se reconocen a través de los registros periodísticos. Esos testimonios mediatizados, a los que subyacen procesos de edición y selección del material registrado, se convierten en el hecho confesional y no en la interpretación del mismo. La consigna esencial, entonces, es que las representaciones periodísticas le permitan al público discutir la importancia política de las confesiones de los perpetradores respecto a las violencias del pasado, incluso cuando hay significaciones interesadas que, de cualquier modo, pueden ser refutadas. En ese sentido, es claro que el periodismo es trascendental en marcos de transición política y social (Payne, 2009, p. 23).

En el contexto colombiano, no obstante, los medios de comunicación y periodísticos aún no son esos espacios de representación que posibiliten un ejercicio de coexistencia contenciosa porque los temas de Justicia y Paz no son trascendentes para unas agendas informativas que, en el mejor de los casos, abordan el asunto

con base en esos registros que he denominado *farmacéuticos*, pues venden literalmente la ilusión de “informar” cuando presentan una noticia relacionada con el tema. Quiero ejemplificar el argumento con dos noticias relativamente recientes (finales de 2012) que se produjeron en relación con Justicia y Paz.

La primera estuvo fechada el día 12 de diciembre cuando los magistrados de la Sala de Justicia y Paz del Tribunal Superior de Bogotá celebraron la legalización de cargos contra Éver Veloza García, alias ‘HH’, en calidad de comandante de los bloques Bananero y Calima de las Autodefensas Unidas de Colombia. En total se legalizaron 88 crímenes entre masacres, homicidios, concierto para delinquir, torturas, secuestro, reclutamiento de menores de edad, por mencionar algunos de los delitos más resonantes. Gracias a las confesiones dadas por el extinto comandante paramilitar, impactante resultó la declaración de los magistrados respecto a considerar de manera oficial, por primera vez en la historia reciente del país, el exterminio de más de dos mil miembros de la Unión Patriótica (UP) como un genocidio político⁹.

La segunda noticia se produjo un par de días después, el 17 de diciembre, cuando la misma Sala condenó a ocho años de prisión (la pena máxima prevista por Justicia y Paz) a uno de los comandantes más importantes de las Autodefensas Unidas de Colombia que no fue extraditado a los Estados Unidos¹⁰. Se trata de Fredy Rendón Herrera, alias el ‘Alemán’, que comandó al emblemático bloque Elmer Cárdenas que operaba en la región pacífica colombiana, especialmente en el departamento del Chocó. En el desarrollo de la audiencia condenatoria, la Fiscalía General de la Nación hizo una solicitud trascendente en el ámbito jurídico, social y político, pero irrelevante para el registro periodístico: investigar y perseguir los bienes de las sucursales en Colombia de la transnacional Chiquita Brands con el propósito de reparar a las víctimas de la región del Urabá antioqueño y chocoano, ubicado en la parte noroccidental del país, dada la responsabilidad de la corporación en la financiación del paramilitarismo durante los años noventa¹¹.

9 La Unión Patriótica (UP) es un partido político de izquierda, cuya formación se remonta al proceso de negociación que las FARC-EP adelantaron con el gobierno del entonces presidente Belisario Betancourt Cuartas (1982-1986). Dos candidatos presidenciales (Jaime Pardo Leal y Bernardo Jaramillo Ossa), ocho congresistas, trece diputados, setenta concejales, once alcaldes y más de cinco mil militantes fueron sistemáticamente asesinados en un lapso de poco más de cinco años, en una estrategia de exterminio que involucró a grupos paramilitares, fuerzas de seguridad del Estado y narcotraficantes. Una reconstrucción de la historia de exterminio del movimiento político aparece en el documental *El baile rojo* (2003) del director Yesid Campos.

10 Cabe recordar que entre 2008 y 2009 catorce comandantes y perpetradores de los grupos paramilitares fueron extraditados a Estados Unidos, requeridos por cargos relacionados con lavado de activos.

11 Chiquita Brands, empresa sucesora de la otrora United Fruit Company, fue investigada en el año 2007 por el Departamento de Justicia de los Estados Unidos por su comprobada financiación a grupos paramilitares en Colombia por un valor estimado de 1,7 millones de dólares. La compañía admitió ante un tribunal federal que efectivamente financió a los paramilitares a cambio de recibir protección para sus empleados. La empresa fue multada por 25 millones de dólares. La corte federal ha mantenido en reserva los documentos y nombre de los ejecutivos que autorizaron los pagos (Evans, 2007).

Lo cierto es que ambos acontecimientos, relevantes en el “marco transicional” que experimenta el país, pasaron literalmente inadvertidos, agotados en noticias de un par de segundos¹². Slo el portal digital Verdadabierta.com realizó un cubrimiento permanente, acompañado por un análisis de lo que ambas decisiones judiciales involucraban.

Conclusiones para provocar

En sus diarios íntimos el poeta Charles Baudelaire consignó una imagen febril, viva, certera y vigente del periodismo como escenario que consigna y difunde la perversidad de una condición humana civilizada y moderna.

Es imposible echar una ojeada a cualquier periódico, no importa de qué día, mes o año, y no encontrar en cada línea las huellas más terribles de la perversidad humana... Todos los periódicos, de la primera a la última línea, no son más que una sarta de horrores. Guerras, crímenes, hurtos, lascivias, torturas; los hechos malévolos de los príncipes, de las naciones, de los individuos: una orgía de atrocidad universal. Y con ese aperitivo repugnante el hombre civilizado riega su comida matutina (Baudelaire, 2009, p. 58).

Quizá lo más perturbador de esa imagen es que el campo periodístico la convirtió en receta de su producción informativa; receta que alcanza su máximo hervor en un contexto como el colombiano, donde las noticias de lo que parroquialmente se denomina “orden público” son el plato fuerte de la agenda. Por lo mismo, la “masacre”, el “asesinato”, el “desplazamiento forzado” o el “secuestro” como “realidades” periodísticas imbricadas con el conflicto interno armado siempre serán eventos atractivos para registrar. Pero, por ejemplo, ¿qué es la “masacre” como “realidad” periodística? En líneas generales, se trata de imágenes y testimonios desgarradores concatenados en una narración que, por lo general, se queda en la literalidad de lo acontecido, sin ofrecer elementos que posibiliten comprender de manera básica las razones de la la atrocidad del acto. La obsesión compulsiva de su registro no permite siquiera distinguir una masacre de otra, porque el discurso recurre a clichés y estereotipos que forman parte de un mismo formato de representación aprehendido en las salas de redacción.

12 Convenientemente inadvertido por los medios periodísticos colombianos también pasó el informe de la Corte Penal Internacional que en noviembre de 2012 señaló que el caso de los mal llamados “falsos positivos” (asesinatos sumarios perpetrados por miembros de la fuerza pública y cuyas víctimas fueron jóvenes de los sectores populares de las principales ciudades del país) se puede ser considerar que la práctica formó parte de una política de Estado. El informe indica que: “There is a reasonable basis to believe that the acts described above were committed pursuant to a policy adopted at least at the level of certain brigades within the armed forces, constituting the existence of a State or organizational policy to commit such crimes” (2012, p. 3).

Lo más grave es que en momentos en que los perpetradores del fenómeno paramilitar están ofreciendo sus versiones sobre sus actos criminales en el marco de la Ley de Justicia y Paz, la sociedad colombiana no tiene la posibilidad de escucharlos porque la misma norma impide que las audiencias sean transmitidas públicamente, sobre la base de salvaguardar el debido proceso de los paramilitares imputados y sometidos a la ley. Esa condición obliga a que los medios periodísticos escojan los casos más relevantes a registrar –por ejemplo, las audiencias de algunos de los comandantes más representativos–, y también implica que las declaraciones o confesiones de los paramilitares sean el producto de un ejercicio en el que el registro, en la mayoría de las veces, carece de interpretación en el cubrimiento informativo, lo cual impide que esas versiones mediatizadas sean referente para reflexionar y, sobre todo, propiciar deliberación o debate público frente al accionar del fenómeno paramilitar en el país. Sus sentidos comunicativos están limitados a un tiempo presente siempre fugaz.

En ese orden de ideas, la escritura periodística –ligada especialmente a la noticia como género predilecto del oficio– tiene garantizado su almacenamiento pero no necesariamente su comunicación. Además, es posible que esas noticias, construidas en el marco de la aún vigente y efectiva receta de la pirámide invertida, se transformen en una masa de signos ilegibles en tiempos venideros, porque la escritura *per se* no garantiza sentido, porque éste es exterior a la escritura misma. Basta revisar noticias de hace treinta, cuarenta, cincuenta o más años para descubrir que buena parte de los titulares y *leads* hacen referencia a eventos que resultan ininteligibles, y aunque no falte quien afirme que ese registro es una huella para la “memoria”, lo cierto es que muchas de esas noticias del pasado no comunican.

Por otra parte, es muy frecuente caer en la tentación de pensar que la memoria se volvió un asunto público en los últimos años. Como lo señala Alejandro Castillejo (2009), siempre ha sido un interés público, aunque su discusión se redujera a escenarios específicos. La sensación, no obstante, se puede explicar por el hecho de que el tema de la memoria también entró a formar parte de la agenda del periodismo, que puso a circular discursos y narrativas que lo hicieron más visible; un abuso de memoria en términos de Todorov (2008: 34), dado que esa visibilización no garantiza ese ejercicio de coexistencia contenciosa.

Referencias

- Amado, A. (2010). *Prensa y comunicación. Relaciones informativas responsables*. Buenos Aires: La Crujía.
- Anderson, B. (1993). *Comunidad imaginada. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.

- Barone, O. (1976). *Diálogos entre Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Baudelaire, C. (2009). *Diarios íntimos*. Buenos Aires: Leviatán.
- Benjamin, W. (1991 [1936]). El narrador: consideraciones sobre la obra de Nikolai Leskov. En *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*. Madrid: Taurus.
- Castillejo, A. (2009). *Los archivos del dolor. Ensayos sobre la violencia y el recuerdo en la Sudáfrica contemporánea*. Bogotá: Universidad de los Andes-CESO.
- Champagne, P. (2000). La visión mediática. En P. Bourdieu. *La miseria del mundo*. Buenos Aires: FCE.
- Charaudeau, P. y Maingueneau, D. (2005). *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Colombo, F. (1976). *Televisión: la realidad como espectáculo*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Corte Penal Internacional (2012). *Situación en Colombia. Reporte Intermedio, 2012* [en línea]. La Haya: Países Bajos. Recuperado de <http://www.icc-cpi.int/NR/rdonlyres/3D3055BD-16E2-4C83-BA85-35BCFD2A7922/285202/OTP2012035032COLResumenEjecutivodelReporteIntermed.PDF>
- De Fontcuberta, M. y Borrat, H. (2006). *Periódicos: sistemas complejos, narradores en interacción*. Buenos Aires: La Crujía.
- Derrida, J. (1975). La farmacia de Platón. En *La disseminación*. Madrid: Fundamentos.
- Elster, J. (2004). *Closing the books: transitional justice in historical perspective*. Cambridge-New York: Cambridge University Press.
- Evans, M. (4 de abril de 2007). Para-politics' Goes Bananas [en línea]. *The Nation*. Recuperado de <http://www.thenation.com/article/para-politics-goes-bananas>
- Feld, C. (2002). *Del estrado a la pantalla: las imágenes del juicio a los ex comandantes en Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gómez, P. F. y Reyes, F. L. (2012). Memoria y narración: urdimbre de las identidades colectivas. *Hallazgos*, 9(17), 162-182.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI.
- Martín-Barbero, J. (1978). *Comunicación masiva: discurso y poder*. Quito: CIESPAL.
- Martín-Barbero, J. (2009). Colombia: una agenda de país en comunicación. En *Entre saberes desechables y saberes indispensables*. Bogotá: Centro de competencias en comunicación para América Latina.

- Martini, S. y Luchessi, L. (2004). *Los que hacen la noticia. Periodismo, información y poder*. Buenos Aires: Biblos.
- Payne, L. (2009). *Testimonios perturbadores: ni verdad ni reconciliación en las confesiones de violencia de Estado*. Bogotá: CESO.
- Ricoeur, P. (2006). Entre el tiempo vivido y el tiempo universal: el tiempo histórico. En *Tiempo y narración*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sarlo, B. (2006). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Schryver Kurtz, A. (2009). Periodismo y memoria de las víctimas de la Shoah. *Razón y palabra*, (70).
- Sontag, S. (2010 [2001]). *Ante el dolor de los demás*. Bogotá: Random House Mondadori.
- Stanford, M. (1994). *A companion to the study of history*. Oxford UK & Cambridge USA: Blackwell.
- Todorov, T. (2008 [1995]). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Uprimny, R. et al. (2006). *¿Justicia transicional sin transición? Reflexiones sobre verdad, justicia y reparación en Colombia*. Bogotá: DJS.
- Verón, E. (1993). *La semiosis social*. Barcelona: Gedisa.